

Mensaje 365

París, Francia 7 de mayo del 2019

¡Cuidado con los intelectuales!

Un devoto *kriyaban* me regaló el alabado libro —“Intelectuales”— del autor Paul Johnson diciendo: “Tus enseñanzas de *swadhyaya* quedan bien reflejadas en este libro”. El contenido del libro es el que sigue::

1. Jean Jacques Rousseau: “Un loco interesante”
2. Shelley, o la crueldad de las ideas
3. Karl Marx: “Bramando Gigantescas Maldiciones”
4. Henrik Ibsen: “Al contrario”
5. Tolstoi: “El hermano mayor de Dios”
6. Las aguas profundas de Ernest Hemingway
7. Bertolt Brecht: “Corazón de hielo”
8. Bertrand Russell: “Al diablo con la lógica”
9. Jean Paul Sartre: “Una bolita de piel y tinta”
10. Edmund Wilson: “Salvado de la quema”
11. La Conciencia Inquieta de Víctor Gollancz
12. Mentiras, malditas mentiras y Lillian Hellman.

¡Gracias a Dios los profundos, sensibles, brillantes y bienaventurados sabios de la antigua India no eran “intelectuales”, sino santos seres humanos con una inmensamente profunda y vasta comprensión en la dimensión de “Eso” sin ningún rastro de “yo” ni forma alguna de gratificación egoica —burda o sutil; abierta o clandestina—. Sólo veían “lo-que-es” y con el fuego de la visión pura incineraban todo aquello “que-debería-ser” creado por el mito llamado mente y sus astutas maquinaciones. Sólo utilizaban la mente en la realización de tareas prácticas. En los tiempos modernos, este antiguo fenómeno-de-los-sabios se vio reflejado en J. Krishnamurti y tal vez también en Rajanish —Osho—: pura energía de sagrada y holística comprensión sin rastro ninguno de profanos enredos en mezquinas metas mentales.

Un egoísmo abrumador y la autocompasión convirtieron a Jean-Jacques Rousseau en un “Loco interesante” fallecido en 1778, diez años antes de la famosa Revolución Francesa. Fue muy alabado después de su muerte. Para Shelley fue un genio sublime. Para Schiller, fue “*un alma semejante a la de Cristo para quien sólo los ángeles del cielo son la compañía adecuada*”.

¡Shelley murió a la edad de veintinueve años! Nunca tuvo dinero para sus necesidades y engañó a muchos en múltiples lugares pues no tenía otra manera de vivir.

La habilidad para obtener lo mejor de ambos mundos —el mundo de la progresiva rectitud y el mundo de los privilegios de todo tipo incluida una desenfrenada gratificación sexual— es un tema recurrente en las vidas de muchos destacados intelectuales, incluido el famoso Bertrand Russell.

La larga vida de donjuán del ideólogo comunista Bertolt Brecht era justificada citando a Lenin y argumentando ¡que uno tenía que ser despiadado con los individuos para servir al colectivo!

¡Ten cuidado con los “intelectuales” y desconfía de sus consejos! ¡El peor de todos los despotismos es la despiadada tiranía de las “ideas” de los intelectuales sin ningún rastro de comprensión amorosa!

A pesar de sus maravillosos dones intelectuales, las gigantescas maldiciones que Karl Marx profería sumido en la más profunda de las iras, fueron más bien desafortunadas haciendo que cualquiera persona sensible se entristeciera. Su visión de la dictadura del proletariado tomó una forma concreta y aterradora. Stalin, el gobernante que alcanzó el poder absoluto, estaba a punto de comenzar su catastrófico ataque contra el campesinado ruso. Todo esto sucedió antes de la muerte de Karl Marx en enero de 1929. Veinte millones de personas fueron masivamente masacradas en el altar de las ideas de Karl Marx, en la santa y piadosa Rusia que Tolstoy tanto amaba.

Al estudiar a la mayoría de los intelectuales resulta obvio su escaso respeto por la veracidad, gozando de variadas maneras con su vanidad y múltiples intereses creados, con sus gratificaciones y glorificaciones de “ideas” sin corazón.

Ernest Hemingway buscó la ayuda del alcohol, con un “Ron St. James” frente a él, mientras escribía su “filosofía”; una parodia de su obra anterior. El nivel general resultó, naturalmente, bajo. Los lectores impulsados por el ego emocional quedaron impresionados e influenciados, aunque Hemingway se hallara en el torbellino de la bebida y la depresión. Fue un hombre asesinado por su “arte”. Aprendamos que el “arte” no es suficiente; lo importante es la Consciencia libre de división, la auténtica Divinidad.

El modo de gratificación que más satisfacía a Henrik Ibsen era discrepar de cualquier otro “intelectual” con un gesto de la cabeza indicativo de un “no” para luego comenzar con su asertivo ego diciendo: “Al contrario...”, ¡la labor intelectual por excelencia! Su extraordinaria vanidad quedó reflejada en la famosa caricatura de Max Beerbohm. ¡Siempre llevaba un bastón con una enorme cabeza de oro!

El nombre de Jean Paul Sartre en esta lista de intelectuales es quizás una anomalía. Su existencialismo —la simple capacidad de “ser”— no muestra traza de esfuerzo alguno: vivir en un estado de abandono sin rastro alguno de metas y paradojas de la mezquina y pobre mente y su mito. Como tal, refleja la misma sabiduría de los antiguos sabios. Todos los esfuerzos son metas del ego y todas las metas del ego son sendas en la dirección equivocada, no en la dirección de la Divinidad —la Consciencia libre de División— exactamente en el interior del propio ser. ¡Así no hay adónde ir y, por lo tanto, no hay camino conducente a la Verdad!

Sin embargo Paul Johnson, el autor, ¡no apreciaba esta santa “simple capacidad de ser”! Así, con la demostración de su falta de comprensión, quizás se haya calificado para agregar su propio nombre a la lista de “Intelectuales” que critica en su extenso libro.

De manera similar, el humanismo de Edmond Wilson le permitió comprender suficientemente las fantasiosas actividades del ego-mente así como también la acción correcta de la directa percepción desde la dimensión del puro e imparcial intelecto.

Victor Gollancz fue un destacado publicista intelectual del siglo XX. También hizo famoso y conocido en todo el mundo al moderno sabio —no intelectual, sino inmensa y espontáneamente perceptivo— J. Krishnamurti. Abandonando su heredado judaísmo ortodoxo se convirtió en un ateo secular ejerciendo el privilegio judío de contar inocuos chistes contra los judíos. Tuvo éxito en su negocio editorial y fue capaz de ganar mucho dinero.

Lillian Hellman fue una singular intelectual ¡en quien la falsedad, según parece, surgió naturalmente! Alcanzó una posición de prestigio y poder en la escena intelectual estadounidense que rara vez ha sido igualada. Sus escritos escalaron la lista de los más vendidos durante semanas y meses. Obtuvo prestigiosas condecoraciones y doctorados honorarios en varias universidades. Dejó una herencia de casi cuatro millones de dólares que fueron a parar a dos fundaciones. Mentiras, malditas mentiras... y la superlativa es Lillian Hellman, ¡la intelectual por excelencia! ¡Experta en pescar a la gente, engancharla para luego comérsela!

¡Gloria a los Antiguos Sabios!
¡Gloria a la espontánea comprensión!

Enlace para descargar el libro:

<https://docplayer.es/storage/77/76691524/1557484534/sarWs6BsmKIO5Ar1koLdka/76691524.pdf>